

PLAZA PUBLICA

- **Memorias, de Santos**
- **Un libro fascinante**

■ **Miguel Angel Granados Chapa**

■ Para muy pocos es fácil gastar los seis mil y pico de pesos que cuesta el voluminoso tomo de *Memorias* de Gonzalo N. Santos. Pero hoy, que es día de quincena, quizá una cooperación entre varios interesados podría permitir la adquisición y la lectura de esta autobiografía fascinante por el cinismo y la riqueza de información con que ha sido escrita, como corresponde a uno de los protagonistas de la política mexicana durante medio siglo.

Santos nació en Villa Guerrero, San Luis Potosí, en 1895 y murió el 17 de octubre de 1978. Junto con sus hermanos, Pedro Antonio y Samuel, fue a la revolución siendo muy pequeño, al punto de que a los 16 años era ya capitán del ejército. Diputado repetidamente, en tiempos en que era válida la reelección ininterrumpida, estuvo en el Congreso durante 16 años, diez entre los diputados y seis en el Senado, con breves licencias que le permitieron ser embajador en Bélgica primero, y luego representante diplomático de México, esa vez ante la corte danesa. Entre 1943 y 1949 fue gobernador constitucional de San Luis Potosí (con don Francisco Martínez de la Vega como secretario particular en los primeros meses de su gestión), pero luego prolongó durante diez años más su cacicazgo en la entidad, hasta que, por ironías de la política, el propio Martínez de la Vega fue designado gobernador interino con el propósito, cumplido, de poner fin al señorío feudal de Santos, que especialmente mientras era legislador, pero también después, estuvo en las proximidades de los que tomaban las principales decisiones políticas o fue uno de ellos. En 1952, sin embargo, su estrella comenzaba a declinar. Aunque, según se ufana, él había contribuido centralmente a encumbrar al presidente Ruiz Cortines al cargo, después de tomar posesión, el *Tío Coba*, como Santos apodaba a don Adolfo, le ofreció un puesto que al cacique le pareció de ínfima importancia, la embajada en Guatemala. Copiamos enseguida la estentórea respuesta que, según su propio testimonio, espetó Santos al Presidente, porque revela el estilo con que están escritas en general sus *Memorias* y porque, salvadas las reglas de respeto a la investidura presidencial ausentes en este episodio, pensamos que la parte insana del presidencialismo mexicano se curaría si se repitieran actitudes de este género:

“¿Tú me vas a mandar a mí como embajador de México a Guatemala?, le pregunté. Sí, me contestó. Pues yo te voy a mandar a tí a la chingada. Yo no soy cualquier don pendejo que se deje desterrar tan fácilmente; yo fui embajador en Bélgica y Dinamarca a petición mía. A Bélgica, nombrado por el presidente Abelardo Rodríguez y a Dinamarca nombrado por el presidente Lázaro Cárdenas. Fui embajador cuando tenía 34 años y pedí el puesto porque no soportaba a los hijos del general Plutarco Elías Calles y a su camarilla de lambiscones. Los hijos de Calles ya para entonces tenían mucha fuerza, habían crecido en edad y habían crecido en política, y si no me salgo yo a tiempo lo menos que me hubiera sucedido es que me hubieran corrido, eso hubiera sido lo de menos; también fui con el fin de cultivarme, pues un muchacho que a los 16 años era capitán primero de la revolución ¿qué tiempo pudo haber tenido para estudiar? Siempre fui un autodidacta y había desarrollado mucho mi inteligencia en las cámaras de diputados y senadores contendiendo en la tribuna con verdaderos talentos, pero yo mismo me sentía muy verde. Mi actuación en favor de tu candidatura no te la voy a refregar en la cara, ni mi ayuda para que llegaras a diputado por Tuxpan y a gobernador del estado de Veracruz; pero no tengas cuidado, yo me voy a desterrar solo, pero no para Guatemala sino para mi rancho Gargaleote, y desde allí te veré gobernar sin meterme en nada, ni menos estorbarte.”